

# Franco Solinas y la trilogía del represor

Alberto Santiago García Ferrer

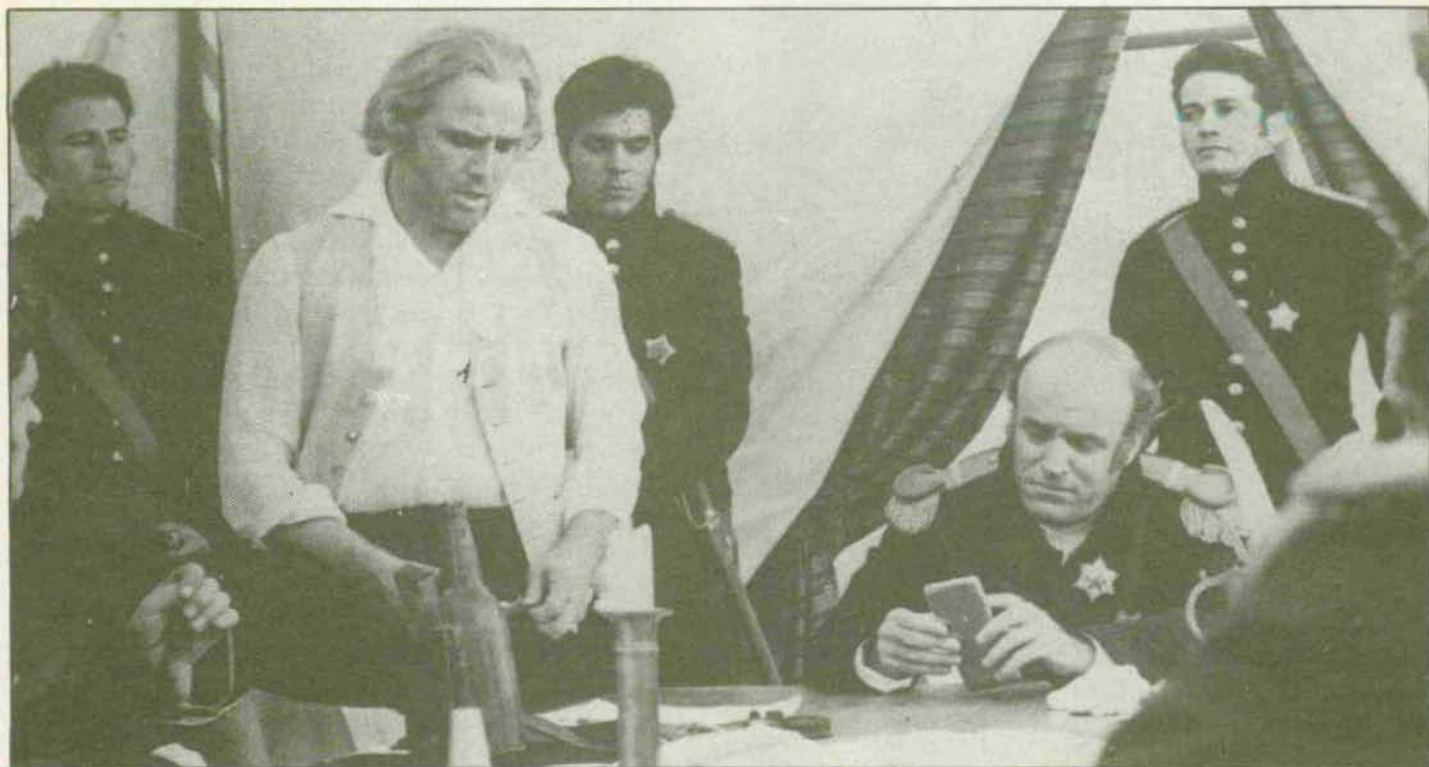
«**E**L padrastro: un hombre encorvado, de piel amarillenta, nariz larga y mueca de odio en la boca. Torpe y agresivo». Así presentaba los caracteres de un personaje un libro, ya olvidado, de obras de teatro para niños. No había atenuante posible para la maldad del antagonista. Su fealdad era proporcional a la belleza del protagonista. Este había sido agraciado con la sabiduría; aquel castigado con la torpeza. Así, su destino, como el de tantos duendes y ogros, madrastras despiadadas o brujas de corazón helado, era el de ser burlado y arrojado a las tinieblas más profundas.

El cine adoptó esta visión «lombrosiana» de la maldad. Sobre todo el cine norteamericano cuando abordaba temas donde el «malvado» era un nativo de algún país periférico. Si el rostro y las maneras poco decorosas lo definían visualmente, el toque preciso consistía en privarlo de la razón, de la lógica. La lógica interna del personaje era la maldad de la sinrazón.

Los antagonistas de Franco Solinas, guinista de esa trilogía de la lucha colonial: «La batalla de Argel», «Queimada», ambas dirigidas por Gill Pontecorvo y «Estado de Sitio» de



La batalla de Argel (1966)



Quelmada (1970)

Costa Gavras discurren con una lógica despiadada.

En la dialéctica de la lucha colonial, el opresor y el oprimido inmovilizan la imagen de su oponente en una caricatura deforme. Doble función: la del entomólogo que paraliza la vida de la avispa para describir su morfología y clasificarla, sacrificando en la operación el movimiento inquietante del insecto, y la del político que necesita estereotipar a su adversario para combatirlo.

En el combate el opresor impone no sólo una imagen de sí mismo, sino que propone, también, una imagen del enemigo. Se trata de restarle fuerza, inculcarle la inferioridad y hacerle creer que la dependencia es fruto de su condición natural.

Si la necesidad de imponer esa imagen del colonizado es clave en la estructura ideológica de dominación, el estereotipo del opresor es importante para el oprimido.

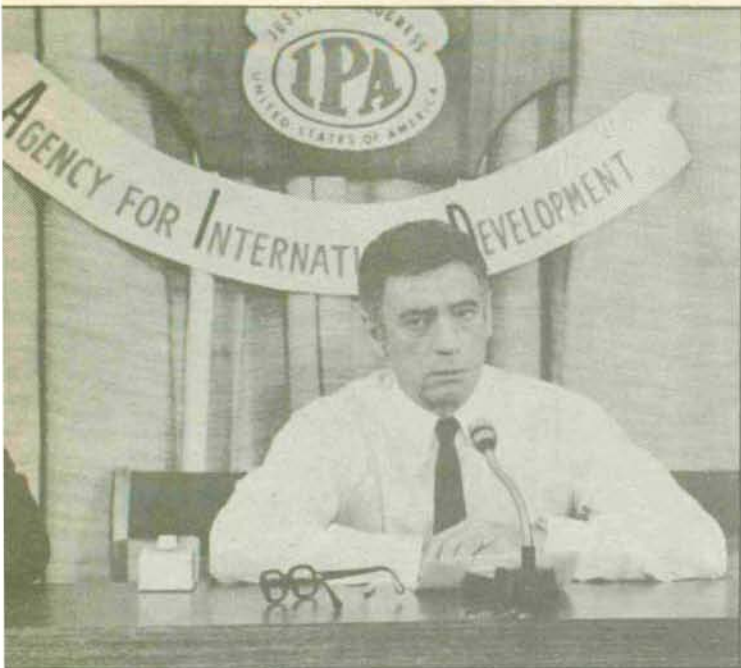
El colono o represor de la trilogía de Solinas, es, sin embargo, claramente humano. El guionista nos propone una imagen distanciada. El antagonismo colectivo de pueblos que se organizan para la resistencia y la lucha, Solinas, opone una cuidada estructura humana que desdeña el estereotipo del «malvado». Morfológicamente carece del estigma del ogro o de la fealdad cenicienta del padrastro. Es un militar erguido y algo arrogante o un aventurero bebedor muy al estilo siglo XIX o un ejemplar padre de familia, correcto en sus modales y apariencias, que en la metrópolis sería uno de

los tantos atareados ejecutivos que deslizan su vida sobre el plano inclinado de las acciones y valores ajenos. No son la excepción a la regla en la sociedad a la cual pertenecen: son la regla misma. Es el reparto de tareas en la sociedad imperial la que los cualifica y la eficacia la que los asimila.

El periodista que, indignado, requiere a Mathieu, en la conferencia de prensa sobre las posibles torturas aplicadas a los miembros del FLN argelino, intenta desempeñar con similar eficacia a la de Mathieu, su papel en la sociedad colonial. La existencia de ambos se presupone mutuamente. Lo que horroriza no es tanto la cualidad de la función, sino su cotidianeidad, su ejercitación racional. La perturbación física que sucede en el tiempo a la visión de un hecho violento es intensa pero relativamente corta. Para el espectador, en cambio, la planificación racional del dolor y el exterminio provoca miedo, un miedo que finca más en el campo de la razón, que en la improbable certeza física del dolor.

El antagonista es para Solinas un ser racional. El ogro, privado de su fealdad material, es también un ser lógico. Su «maldad» no existe como vocación estrictamente individual ni como predestinación. No hay condena moral para los «incontrolados». Hay enjuiciamiento a un sistema que necesita eficacia en el reparto de tareas y todo lo controla.

En la tarea que le ha tocado, el represor debe poseer la lógica más inflexible. Está en el terreno más sensible de su sociedad. Desde la



Estado de sitio (1972-1973)

colonia contempla la metrópolis. Sabe de sus necesidades. Ha sido entrenado para ver la realidad y doblarla. Por eso, el coronel Mathieu contesta imperturbable, al periodista indignado, que no se trata de si se tortura o no se tortura; ésa no es la pregunta correcta: se trata de si Francia debe permanecer en Argelia o retirarse. En la dominación colonial no hay matices. Mathieu no se engaña como pueden hacerlo los que disfrutan, apacibles, del botín colonial. La raíz misma del hecho colonial es la violencia: la sujeción de la voluntad colectiva de un pueblo.

Walter, el delegado del imperio Británico en «Queimada», adoctrina a la incipiente burguesía local en el interior de un prostíbulo. Se trata de perfilar un nuevo orden. La esclavitud no es rentable, además de indecorosa. Ya no más mercado de esclavos. Cada uno debe tener la posibilidad de venderse a sí mismo. Y los poderosos de pagar por quien le sea útil y mientras lo sea. A los sublevados persuadirá de que no tienen salida, que su dependencia es de carácter natural y por lo tanto, regido por leyes que escapan a la voluntad de los hombres. A quienes han saltado de la más dura de las sumisiones a la cima de un poder posible, les mostrará su soledad como una fatalidad divina: «No hay médicos para los enfermos, ni maestros para los niños, ni mercaderes que vendan el azúcar, ni técnicos que dirijan los ingenios, ni diplomáticos que conquisten la buena voluntad del Imperio». Dosificará la persuasión con una mano y la muerte con la otra. Cuando el Imperio requiera nuevamente sus servicios, planificará el exterminio. Tras-

ladará poblaciones que constituyan la retaguardia del ejército rebelde, arrasará, quemará. Será más tajante que terratenientes y empresarios. Más lúcido que el delegado comercial del Imperio: «Esta isla se llama Queimada porque los portugueses tuvieron que quemarla entera para acabar con la resistencia. Y la dominaron trescientos años. Si es necesario volveremos a quemarla para dominarla otros trescientos». Cuando José Dolores, el abanderado de los rebeldes es condenado a muerte, le ofrece la vida a cambio de su traición. Trata de que viva, aún a cambio de nada. Sabe que la destrucción más completa sólo puede hacerla la vida misma transformándolo en un paria. Su tarea exterminadora no puede extenderse más allá de la muerte. Allí comienza la leyenda. Walker, el opresor, no puede luchar contra fantasmas.

Philip Santore, el agente de la AID en «Estado de sitio», también conoce sus límites. No se engaña a cerca de su propia dimensión individual. Es un técnico preparado para detectar en los tableros la señal de peligro. Hay un punto desde donde no es posible volver. Cate drático del dolor ajeno, conocedor de la resistencia humana, sabe de los puntos límites. Capturado y sometido a interrogatorio, Santore, pide en el momento final de su encierro que le expliquen la situación que se vive en la calle. Un miembro del MLN se lo plantea brevemente. Y le pide que escriba al embajador norteamericano para que interceda, como última alternativa. Cuando termina de explicar, Santore toma la lapicera y el papel y dice: «Sí. Voy a escribir... Pero no al embajador. Sino a mi esposa». Mercader de vidas, sabe que la maquinaria no se para a contemplar a los caídos. Nadie es imprescindible. En el fondo ha cometido un error y lo está pagando. Su lógica ha funcionado, disciplinada, aún ante la certeza de su propia muerte.

El epílogo de «Estado de Sitio» inicia nuevamente el ciclo. No han terminado las lamentaciones oficiales por la muerte de Santore y el «engranaje» de repuesto ya está en su sitio. No importa como lleguen: en avión o en barco. Uniformados o confundidos en el bullicio de los aeropuertos. Traen consigo los instrumentos de dolor. Sus generales condecorados. Sus noches de sirenas y de gritos. Los cadáveres amontonados en el fondo de una mina. La lógica aséptica del funcionario.

Para ellos y por ellos parece haber escrito estos versos Baudelaire:

*«Te golpearé sin cólera —  
y sin odio, como un carnicero»* ■

A. S. G. F.